

Clara Voghan

Pequeños Pecados

edición digital



Reading & relax, IV

© Clara Voghan, 2006

Todos los derechos reservados.

Exp. 464496

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO VII

—Señorita... Llegamos a Pinamar.

—¿Ya? —preguntó la muchacha, confundida.

Victoria se desperezó. Desde que Fer la había sedado, el día de su llegada a la mansión, que no había vuelto a dormir de esa manera. Se sentía serena y relajada.

Apenas podía recordarlo, pero estaba segura de haber estado soñando con...

—Por aquí, señorita.

El chofer, solícito por el apuro de vaciar el bus, le extendió la mano para bajar, y Victoria la tomó de buen grado.

—Ahora le doy su equipaje.

—Es el bolso... —intentó explicar la joven, pero no fue necesario. Sonriente, otro señor ya se lo estaba alcanzando. Al parecer era la última en descender, y todos querían regresar a casa cuanto antes.

Miró su reloj. ¡Maldición!... Había olvidado devolver a Vanina el lujoso Rólex que le había prestado. Claro que, en su apuro, también había olvidado despedirse de la familia. Una familia que, aunque prestada, había aprendido a amar.

Volvió a mirar su reloj. Ya casi era la una de la madrugada, y las luces de la pequeña estación terminal comenzaban a apagarse.

Por un instante sintió miedo. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Y si nadie venía a buscarla?

Conocía pocas cosas acerca de Pinamar. Sabía que era un balneario de clase media muy alta, distante a más de trescientos kilómetros de la Capital. Que durante la década anterior, cuando el país acariciaba la fantasía de ingresar al primer mundo, había sido invadido por políticos y poderosos, reunidos allí en eterna fiesta. Pero el escándalo por la muerte de un periodista, los había terminado poniendo en evidencia. El pobre hombre había cometido la torpeza de fotografiar a un influyente, de aquellos que lograban poder gracias al anonimato, y había terminado pagando su error al costado de la ruta que llevaba a aquel paraíso. Allí lo habían quemado vivo, junto con su cámara. Luego, por la presión pública, el influyente en cuestión se había terminado suicidando, en un hecho confuso, con su rostro (¡oh, casualidad!) desfigurado por decenas de perdigones. Durante meses, aquel crimen fue motivo de desvelo para muchos argentinos. Pero luego, y con la llegada del siguiente mundial de fútbol, imperceptiblemente todo fue quedando relegado a las últimas páginas del diario. Al poco tiempo ya casi nadie tenía memoria de tan brutal asesinato, pero, por las dudas, los políticos y los poderosos habían vuelto a mudar su fiesta a la lujosa playa de Punta del Este, bello reducto del

jet set internacional, que, a diferencia de Pinamar, tenía una gran ventaja: estaba ubicada en el vecino país del Uruguay, lejos de fotógrafos tan insidiosos. Luego de tan glorioso éxodo, las playas de Pinamar fueron devueltas a sus antiguos propietarios: una clase media acomodada, que ahora, empujada por la crisis, bregaba por subsistir, y que buscaba la tranquilidad de un pueblo, con el vértigo de la ciudad.

Más allá de aquellos datos extraídos de las noticias, todo el contacto que Victoria había tenido con el mar durante sus veintiséis años de vida, se limitaba a un fin de semana en Mar del Plata (un balneario mucho más popular, aunque no menos hermoso), al que había sido invitada por la familia de Guillermo, en el verano del 99. El resto de las vacaciones que le habían tocado desde que tenía memoria, las había aprovechado para adelantar asignaturas, o para ganar algún dinero extra, mientras su eterno novio se iba de paseo con sus amigos.

Victoria cerró un poco más la pesada chaqueta que la abrigaba. Hacía muchísimo frío allí, y sus manos comenzaban a...

—¿Eres Victoria, no?... ¡Disculpa la demora! Nos olvidamos que, en invierno, siempre los buses llegan con adelanto los días de semana... Yo soy Doña Lidia, y este es mi marido, el Tony.

Aquella dama campechana la saludaba con una gran sonrisa, mientras su esposo, un hombre fuerte y corpulento,

con una cara surcada por miles de arrugas, le extendía una mano áspera, y le brindaba un apretón tan cálido como intenso. Complacida, Victoria se dejó conducir hasta una lujosa “cuatro por cuatro”, que contrastaba un poco con la simplicidad de aquel matrimonio.

Doña Lidia la ayudó a subir al asiento trasero, y la muchacha, todavía adormilada a pesar del frío, se acomodó allí, agradecida.

A los pocos minutos de rodar, aquel vehículo poderoso se dirigió hacia una autovía arbolada, y de allí, a la oscuridad.

—¿Adónde vamos? —preguntó Victoria.

—A la casa del Jorge —respondió Tony, pero un golpe discreto de su esposa lo obligó a corregirse de inmediato—, ...del señor Cohen.

—Creí que era en Pinamar.

—No. Es cerca, a unos siete kilómetros, pero es en Cariló.

Victoria se sorprendió. Si sabía poco de Pinamar, menos aún tenía noticias sobre Cariló. Otra vez sus únicas referencias eran los diarios: por lo que tenía entendido, se trataba de un exclusivísimo balneario, diseñado para los ricos. Un paraíso de seguridad, adonde sólo los asesinos a sueldo, altamente entrenados, se atrevían a cometer un delito. En efecto, salvo por los homicidios de (¡horror!) dos contadores, ocurridos con algunos años de diferencia, el

lugar era considerado por todos como una isla, en medio de un país muy inseguro. Pero, fuera como fuera, el sitio parecía tener poca relación con la vida miserable que llevaba su jefe en la Capital.

Hicieron un giro suave, y comenzaron a rodar por camino de tierra. Cada tanto se veía una lujosa propiedad, con la entrada iluminada. Por lo demás, el lugar parecía desierto, sin siquiera alumbrado público. Tony conducía a muy poca velocidad, rozando algunas ramas de los numerosos árboles circundantes.

—Ya llegamos —dijo Doña Lidia, mientras se apuraba a abrir la puerta de Victoria.

Y fue todo cuestión de que la muchacha asomara su cabeza, para que se enamorara de inmediato de aquel lugar encantado. La casa estaba completamente construida de troncos y piedras, y rodeada por un bosque de pinos. Tenía un piso superior, un porche con sillones colgantes (como aquellos que se veían en las películas), y techo a dos aguas. A un costado había una especie de patio, con una enorme mesa de madera, al lado de una parrilla, que, por sí sola, invitaba a un buen asado.

Pero lo más hermoso estaba aguardándola al levantar la mirada. Había allí un cielo increíblemente estrellado, en donde podía distinguirse con claridad hasta la vía láctea. Era el mismo cielo que le gustaba contemplar de niña, trepándose al árbol más alto, cuando su mamá no la veía,

pero que se había resignado a perder para siempre al dejar atrás a su querida Misiones.

¿Dónde se escondían todas esas estrellas en la Capital?

Por un momento le pareció recuperar aquellos años dorados: los besos de su madre, la certidumbre del pan con mantequilla que la esperaba cada mañana, los árboles del bosque, la tierra mojada. Y esa hermosa sensación de libertad, donde cada día era una oportunidad nueva para descubrir el mundo.

—¿No va a entrar a la casa, señorita? Antes de ir a buscarla, el Tony encendió algunos leños, y la sala ya debe estar calentita...

Obediente, la muchacha siguió a Doña Lidia, más allá del porche, hacia la puerta principal.

Pero le bastó entrar allí, para que la joven se quedara muda. No se trataba sólo de una hermosa cabaña, luminosa y acogedora. Aquel lugar encerraba mucho más. Al verla, Victoria entendió de inmediato que, al invitarla allí, Cohen no sólo le había abierto las puertas de su casa, sino también las de su propio corazón. Recorrer sus cuartos era como descubrir partes ocultas de su alma. Sus libros, sus películas, su música. Objetos personales y amados por él, reunidos en armonía con una decoración cálida, de la que seguramente no había participado, pero que ahora cuidaba de mantener.

—Es hermosa —dijo la muchacha, incapaz de articular cualquier otra palabra.

—Era de la familia. Él viene todos los fines de semana.

—¿Lo conoce desde hace mucho tiempo?

Como si fuera el mismísimo Cohen, la mujer dudó en responder a una pregunta tan íntima.

—Cuido la casa desde que la construyeron, hace más de diez años atrás... Pero debes tener hambre, ¿no?. Seguro que en el bus te han arreglado sólo con algunos dulces, y...

—No, gracias. Estoy bien... ¿Dónde voy a dormir?

—Te preparé el cuarto de huéspedes. Está junto al de... Samuel. Acompáñame.

Victoria comenzó a seguir a aquella dama a través de una escalera de madera crujiente (de las que a ella le gustaban). Desde un balcón podía ahora contemplar la planta baja: la sala de doble altura, con un hogar, adonde los leños crepitaban, dos cómodos sillones blancos enfrentados, que invitaban a la charla, y una mecedora cercana a una ventana que daba al bosque. Con alfombras, y mantas estratégicamente apoyadas por allí, que daban idea de simplicidad y confort, se completaba el cuadro. En la planta alta, un pequeño espacio, donde ella estaba ahora parada, y cuatro puertas. Tres de ellas llevaban a otros tantos dormitorios, y la cuarta, a un baño amplio, con paredes de troncos, y una bañera antigua, de aquellas blancas y con patas. Doña Lidia la condujo al que iba a ser

su dormitorio durante su estancia allí. Tenía una cama doble, un edredón floreado, millones de almohadones, un arcón antiguo, y una puerta que llevaba a un balcón sobre el bosque. Era un lugar soñado.

—¿Crees que vas a necesitar algo?... Tu bolso es muy pequeño...—dijo la mujer, no demasiado impresionada por la marca de tan lujoso adminículo.

—Creo que he olvidado una camisa para dormir. Pero no importa...

—Puedo darte una de las camisas de... Samuel. Déjame ver...

La dama se dirigió a través de la salita hacia una de las puertas cerradas que daban al contrafrente de la cabaña. Curiosa, la muchacha no pudo resistir la tentación de seguirla. Y cuando doña Lidia la abrió, a Victoria no le quedó duda alguna de que se trataba del cuarto de Cohen. Tenía ese extraño perfume de él. Una mezcla de hombría y soledad. La cama era también doble, con un edredón aterciopelado marrón muy oscuro, y almohadones marrones y negros. Había muchos libros apoyados sobre la mesilla de noche, algunos incluso abiertos sobre el lomo, como para no perder la página que había estado leyendo. Doña Lidia se movía por aquel cuarto con comodidad, abriendo el oscuro ropero de madera con total libertad. De él extrajo una camisa cuadriculada, amplia y hermosa, muy distinta a los trajes que Cohen solía vestir en la ciudad. Victoria la tomó con reverencia, casi como si se tratara de un objeto

precioso para ella. Y lo era. Era uno de los tantos matices de su jefe que quería descubrir. Una faceta que sabía que estaba allí, y que ahora iba a poder develar sin tanto esfuerzo.

Antes de salir, la dama apagó la luz del cuarto. Por la puerta que llevaba al balcón, se filtraban los rayos de la luna casi llena que había visto al llegar, y que a pesar de su fulgor, apenas lograba iluminar la espesura del bosque vecino.

—Te espero en la cocina mientras terminas de acomodarte —dijo la dama, que no iba a dejar pasar con tanta facilidad la ocasión de que aquella niña debilucha se alimentara, aunque fuera un poco—. Fíjate si te falta algo más...

Doña Lidia se apuró a bajar, pero la muchacha aprovechó para quedarse unos segundos más en aquel cuarto ajeno, que sin embargo sentía tan propio. Luego volvió a su dormitorio, y, con cuidado, apoyó la camisa de Cohen sobre su almohada.

Inexplicablemente, y a pesar de todo lo ocurrido en aquel día, se sentía feliz.

De una corrida, bajó hacia la sala. Pero al llegar allí, se desvió hacia un pequeño corredor que la condujo a una habitación cuyos pisos eran de madera, y sus paredes de vidrio. El bosque parecía ahora metido adentro de la casa. Era un lugar maravilloso, y Victoria no se animó a buscar la luz. Pero la luna, que lo iluminaba todo, le permitió ver

algunos discos compactos y libros de arte regados por el piso, cerca del cómodo sillón que tenía adelante.

—Aquí pasa la mayor parte del tiempo —dijo Doña Lidia, a su espalda— Aquí, y en el jardín. Pero ven... Se hace tarde. Luego podrás descubrirlo todo por ti misma. Ahora tienes que comer...

La mujer la condujo en dirección opuesta, al otro lado de la sala. Allí había una puerta mínima, que no había notado al entrar, y que llevaba a la cocina.

El lugar era pequeño, pero acogedor. Los muebles simples y rústicos, le recordaban a los de la cocina de su madre, en la granja adonde había sido criado: útiles y sin pretensiones.

La comida servida tenía las mismas características: un fuentón de verduras, y algunas frutas frescas.

—No voy a poder...

—Tienes que alimentarte. Cuando hace frío, hay que comer bien. En verano podrás hacer dieta... Aunque, para mí, no te hace falta. Es más, si te quedaras a vivir aquí, yo me ocuparía de que engordaras unos cuantos kilos...

—¿Adónde se va por allí?— dijo la muchacha, señalando una gruesa puerta de madera negra.

—Es otra salida, que lleva al patio. En verano queda abierta durante todo el día y la noche, pero en invierno...

—¿Te falta mucho, Lidia? —preguntó Tony, mientras entraba por allí, graficando con su aparición el objetivo de la puerta en cuestión.

—Ya voy...—le respondió la dama, a pesar de lo cual no parecía muy dispuesta a irse—. Querida —le dijo ahora a Victoria—, encontrarás cepillos de dientes nuevos en el gabinete del baño que está aquí al lado.

—¡Tiene razón!... ¡No he traído cepillo de dientes!....

—Jorge siempre hace lo mismo. Se lo lleva, y después lo olvida por allí...

—¿Quién es Jor... —comenzó a preguntar Victoria, pero el vozarrón de Tony no le permitió continuar.

—¡Vamos, Lidia! —apuró a su mujer— Se hace tarde y estás hablando demasiado...

Y demostrando quien llevaba puestos los pantalones en ese matrimonio, no pasaron ni unos segundos antes de que la muchacha se quedara sola.

Y, como cuando era niña, y se perdía en la espesura del bosque, Victoria volvió a experimentar esa hermosa sensación de libertad, donde el próximo día sólo significaba una nueva oportunidad. Pero ahora no se trataba de descubrir el mundo, sino el corazón de Cohen, el hombre que amaba cada vez más.

* * *

No había llegado a deshacer la cama. Por el contrario, arropada por la camisa de su jefe, se había terminado quedando dormida en un sillón, en medio de la sala, frente al fuego.

Doña Lidia se sorprendió al verla. La buena mujer se apuró a despertarla con el desayuno (jugo de naranjas frescas, una hogaza de pan de campo, mantequilla, leche y café), el cual la obligó a comer ¡íntegramente! (¡aquella dama sí que sabía imponerse!).

Luego de bañarse, decidió salir al jardín, a tomar algo de sol. A plena luz del día, todo parecía muy distinto. Los caminos, como había pensado, eran de tierra, pero la cabaña estaba rodeada por otras casas, aún más lujosas, con los únicos límites impuestos por los árboles del bosque. Un bosque muy distinto por cierto al que ella estaba acostumbrada a ver en Misiones: aquí la mayoría eran pinos europeos, u otras especies exóticas. Pero, como los suyos, estos árboles también se elevaban al cielo, y con eso le bastaba. Pasó buena parte del resto de la mañana observando la armonía de los troncos elegidos para la construcción de la cabaña. Recorriendo con sus manos sus nudos e irregularidades, que daban, sin embargo, una extraña sensación de uniformidad. Y deleitándose con el maravilloso entretejido de las piedras que formaban la columna que hacía las veces de soporte principal para la casa, donde cada una complementaba a la otra, brindando idea de solidez, a pesar de sus aristas. Sin poder evitarlo, se emocionó. Y es que para alguien como ella, que se sentía

tan endeble y sola, aquella mágica unión que imprimía a la casa una sensación de seguridad y permanencia en el tiempo, logró conmoverla con facilidad.

—Hola...

Victoria trató de mirar a la dama que la saludaba, pero los rayos del sol del mediodía se lo dificultaron. Finalmente logró acomodar su visión.

—Hola —repitió la bella mujer.

—Hola —respondió la muchacha.

Por un segundo las dos se contemplaron, como sólo dos hembras dispuestas a competir por el mismo hombre, podían hacerlo. La dama en cuestión, ya casi pisando los treinta, era elegante y hermosa. Altísima, y con unas piernas increíblemente largas y flacas, llevaba un jean a la moda, y unas botas tejanas, que armonizaban a la perfección con su chaqueta de cuero. De cabello oscuro, y ojos verdes, era absolutamente hermosa (incluso mucho más de lo que parecía a primera vista), y elegante. Y de no ser porque por su edad más parecía una próspera empresaria, bien hubiera podido creerse que se trataba de una modelo recién salida de la portada de una revista.

—¿Jorge ha venido contigo?...

Victoria se extrañó.

—No conozco a ningún Jorge. Esta es la casa de Samuel Cohen...

—¡Por supuesto!... ¿Samuel está aquí?

—No.

—¡Disculpa!... No me he presentado —dijo, mientras se acercaba, con una sonrisa cálida que desdecía la desconfianza con que la había observado en un principio—. Soy Amanda Ruiz...

—Hola. Yo soy Victoria Fe... Victoria Rojas.

Al escuchar ese nombre, una sombra de turbación cruzó por aquellos hermosos ojos verdes, pero fue sólo un instante, que no alcanzó para que la sonrisa de la dama se enfriara.

—Trabajas con Samuel, ¿no es cierto?

—No... Bueno, sí. Ahora sí... Trabajé antes, y ahora voy a regresar...

—Entiendo... ¿Estás sola aquí?

—Sí.

—¿Y sabes si Samuel piensa venir el viernes?

—No tengo ni idea... Él es...

—Sí, sé muy bien como es...—dijo la dama, en forma insinuante, sin perder la sonrisa. Y luego agregó— ¿Piensas quedarte mucho tiempo?

—Tengo pasaje para regresar el martes...

—¡Qué bien!... Digo, es una lástima que no te quedes más días, pero al menos... Entonces es probable que volvamos a vernos. ¿Ya has ido al centro?

—No. No sé adonde queda, y...

—¡No puedes perderte!... Es aquí a tres cuadras... Basta que camines una, dobles a tu derecha, y luego otras dos. ¡Es un lugar encantador! Yo estoy casi todos los días allí, en mi inmobiliaria. Mi padre fue el que loteó y vendió prácticamente todos los terrenos de la zona, y ahora yo también me he mudado aquí...

—Gracias. Es probable que luego acepte tu consejo.

—Bueno, me voy. Es hora de abrir la oficina... ¡Y si Samuel llega a venir, dile que me llame! —gritó, justo antes de subirse a su lujoso auto alemán, no demasiado apto para aquellos caminos, pero que condecía con su figura estilizada.

Victoria resopló. Había cosas que una mujer intuía sin necesidad de explicación. Y era obvio que la querida Amanda se sentía con “derechos” sobre “Samuel”. (que no debían ser tantos, porque de lo contrario aquella dama de negocios, estaba segura, no se hubiera demorado en hacerlos valer en forma contante y sonante).

Para las tres de la tarde, Victoria ya había olvidado todo lo relativo a su imprevista visita, avocada como estaba en gozar de aquellas cosas simples que para los demás carecían de importancia: el silencio del bosque, los pájaros,

sentir las agujas de pino hundirse bajo sus pies. Pequeños placeres que le permitían ese rato de amnesia que tanto necesitaba. Y por la noche, ya adentro de la casa, no dejaba de maravillarse por la exquisita sensibilidad de su propietario. Ocupada en sobrevivir, durante sus veintiséis... ¡no!, veintisiete años, apenas si había tenido tiempo o dinero como para escuchar música o ir al cine. Más allá de el pequeño barniz de cultura, obtenido de su paso por la universidad, se consideraba a si misma como una verdadera analfabeta en el mundo del arte. Por eso, con una cierta reverencia al principio, pero con total fruición luego, comenzó a recorrer uno a uno los discos compactos de Cohen, mientras se deleitaba con las imágenes de los libros que él poseía, o simplemente perdía su vista en el bosque cercano.

Así transcurrieron los dos primeros días desde su llegada. Pero a medida que la medianoche del viernes se iba acercando, su corazón comenzaba a latir cada vez con más fuerza.

¿Vendría Cohen a Cariló?...

No había encontrado el valor para preguntárselo a la señora Lidia, a la que sólo veía a la hora del desayuno y de la cena, pues temía quedar en evidencia. Pero la duda le estaba corroyendo el alma...

A las diez de la noche sonó un teléfono, de cuya existencia ni siquiera se había percatado, y su corazón se paralizó. Agitada, se apuró a responder, y...

—Querida... Habla doña Lidia. Mira, andan diciendo en la radio que se aproxima una gran tormenta. Aquí ya está tronando...

—Aquí también.

—Trata de quedarte en casa, porque con los rayos suelen caer muchos árboles, y es peligroso andar por los caminos. Cierra, por favor, todas las ventanas. Y si se corta la luz...

Como si fuera una orden, la luz se cortó de inmediato, dejando a la muchacha a oscuras.

—Ya se cortó.

—Las velas están en el cajoncito del mueble de la cocina. ¡No te asustes!...

—¿Y cómo va a hacer Cohen para llegar? —dijo Victoria, tratando de parecer desinteresada, pero fallando horriblemente en el intento.

—No. Por fortuna no tiene previsto venir este fin de semana. Acaba de llamarme.

El corazón de Victoria se partió en mil pedazos, pero trató de disimular. Con cuidado cortó la comunicación, y un rayo fuerte no tardó en iluminar la sala.

Se sentía terriblemente desilusionada. Era obvio que aquel hombre que amaba con locura, la estaba evitando. Que invitándola allí, no había querido aproximarse a ella, sino compartir aquel lugar que a él lograba serenarlo.

Otro rayo iluminó sus lágrimas. ¿Cómo iba a hacer para trabajar a su lado, cada día del resto de su vida? ¿Cómo iba a hacer para dejar de necesitarlo?...

En la chimenea, los últimos leños se apagaron. Tanteando, se dirigió al piso superior. Quería dormir. Llorar y dormir...

Y entonces, al pasar por el cuarto de Cohen, un rayo iluminó su ventana. La frustración que sentía le dio el valor para hacer aquello que había querido hacer desde la misma noche de su llegada. Entró, y se dejó inundar por aquella ausencia que le dolía. Tropezando llegó hasta la cama de él, y se echó en ella. Y una vez allí, fue el dolor el que la obligó a actuar con locura. Comenzó a quitarse la ropa. Toda la ropa. Y se dejó envolver por la tibieza de las sábanas, excitándose con la caricia de su suavidad, y el olor de ese hombre que la rechazaba.

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana (Cuento)

Soledad, Sexo y Pedagogía

Pequeños Pecados

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite y suscríbese a nuestro grupo
de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

<http://www.claravoghan.com.ar/quien.htm>

[Una novela romántica diferente.](#)